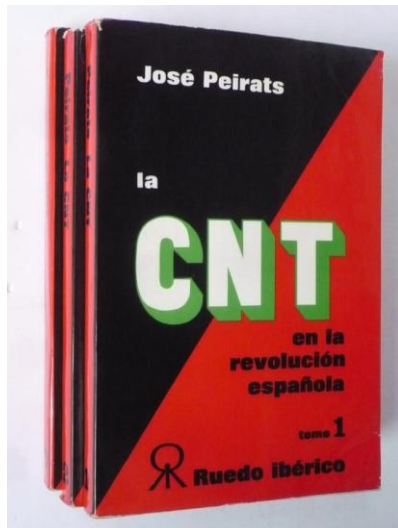


José Peirats, 1966, respuesta a la encuesta ¿Renunció el movimiento libertario español, en 1936 a llevar a cabo la revolución?

[Texto completo en <http://www.fondation-besnard.org/spip.php?article299>; el responsable de la selección de los párrafos es Frank Mintz]

[...] Es indudable que hubo renuncia revolucionaria tan pronto quedó liquidada en Barcelona y Cataluña la sublevación militar. Y, sin embargo, la revolución no pudo presentarse bajo mejores auspicios. Se había dado el caso de antecedente psicológico popular. Ciertamente que la parte más dura de la tarea hubieron de asumirla las minorías abnegadas. Especialmente los hombres aguerridos de la CNT-FAI. Pero el pueblo, que comprendía la gravedad de los intereses puestos en juego, los respaldó masivamente, evitando todo vuelco de la situación. La renuncia se hacía precisamente en el momento en que un grupo de notables de la CNT-FAI había ido a la Generalidad a escuchar las lisonjas que tuvo a bien prodigarles el presidente Companys. Para el historiador, este grupo de notables, en el curso de un corto intervalo entró como vencedor y salió como vencido. [...]



El primer acto colaboracionista de envergadura fue la constitución del Comité de Milicias Antifascistas. No tengo a mano la fecha de constitución. Pero se puede deducir teniendo en cuenta que Durruti formó parte de él. Pues bien, Durruti salió para Aragón al frente de su columna el 24 de julio. O sea cinco días después de iniciados los combates callejeros. La sublevación militar no quedó dominada hasta el 20. Son, pues, cuatro días. Casi el tiempo necesario para que el Comité de Milicias preparase la columna expedicionaria. Luego aquel comité de colaboración se constituiría inmediatamente después de la capitulación de Atarazanas y de la entrevista con Companys. O sea el 21 de julio. En pleno apoteosis del triunfo anarquista.

Alguien podría objetar: «No hubo tal renuncia, puesto que se fue a la colectivización revolucionaria de la economía. Pues bien, la colectivización fue obra espontánea de los trabajadores. La movilización anarquista había empezado bajo la consigna de huelga general revolucionaria lanzada por los comités el 18 de julio. Y el 28 del mismo mes exactamente los mismos comités ordenaban la vuelta al trabajo sin más aclaración. Pues bien, las primeras incautaciones de industrias empiezan por los servicios: el 21 rompen el fuego los ferroviarios, el 25 los transportes urbanos, el 26 la electricidad. Se comprende este romper el fuego por los servicios pues serían los primeros solicitados por las necesidades. Para las otras industrias no hubo urgencia hasta hacerse sentir fuertemente sus necesidades. Los comités de abastos o alimentación siguieron en orden de necesidades para alimentar a la población y los propios combatientes que guarnecían las barricadas.

Hasta los primeros días de agosto no se ocupa la CNT oficial y orgánicamente de canalizar las colectivizaciones. Quiere decir que la colectivización ya era una realidad al nivel técnico de los sindicatos. Estos detentaban todo el poder económico. Para sarcasmo las altas cumbres de la CNT intervienen por primera vez para que prevalezcan las exenciones de las firmas extranjeras que reclaman imperativamente los consulados. Otro de los contrastes lo

constituyó el gobierno de la Generalidad, el cual también colectivizó a su manera al apoderarse de los bancos y las cuentas corrientes. Con este poder financiero en sus manos las autoridades oficiales de Madrid y Barcelona hipotecaron la revolución. Los propios comités de empresas colectivizadas tuvieron que pedir de rodillas créditos a las autoridades para pagar a los obreros y para la obtención de materias primas. El Estado tenía a la revolución sujeta por el estómago. La revolución económica quedaba hipotecada a los bancos que dominaba su irreconciliable enemigo, el Estado.

Las realizaciones económicas, culturales, artísticas y demás se planteaban y se resolvían al margen de las preocupaciones dominantes en los comités superiores de la CNT. Estos comités estaban obsesionados por los problemas de la guerra, la actitud diplomática internacional y las querellas políticas. Una verdadera obra revolucionaria es como una obra de arte. Y alguien, dijo que para hacer grandes cosas hay que estar entusiasmado. Metidos en los vericuetos políticos, laminados por la máquina estatal, los flamantes hombres públicos perdieron pronto su inocencia y fueron una especie de entes maléficos que rompían cuanto tocaban. [...]

Y pasemos a resumir. El 19 de julio de 1936, una revolución totalitaria anarquista hubiera sido una catástrofe. Aunque ciertamente no de larga duración. Adivinar esto último fue el único poder de anticipación que tuvieron aquellos hombres. Luego no renunciaron a la dictadura anarquista sino en la medida que en cierta comedia clásica se renuncia a la mano de doña Leonor. Por la misma razón no hubo transigencia ni sacrificio ideológico en aras de la unidad antifascista. Aquellos hombres eran esclavos de una idea revolucionaria fija. Y al fallarles la oportunidad carecieron de imaginación para hacer a derechas otra cosa. En estas condiciones, faltos de una ética verdaderamente anarquista, hicieron lo que en circunstancias parejas se suele hacer vulgarmente. Optar por el menor esfuerzo.

Pues bien, a los anarquistas les está prohibido hacer lo que todo el mundo hace vulgarmente.

Pero vayamos al caso. ¿Qué es lo que se podía hacer? O en otros términos: dados los hechos en presencia, caso de repetirse, ¿cómo habría que proceder?

Nadie quiere minorizar la importancia del problema planteado a los anarquistas el 20 de julio de 1936 cuando se vieron con la situación en las manos sin saber qué hacer con ella. Lo que se les reprocha no es la renuncia a la dictadura anarquista sino haber optado por la contrarrevolución. El dilema que esgrimían: o dictadura o colaboración gubernamental, es falso. Del punto de vista anarquista la dictadura y la colaboración gubernamental son una cosa parecida. Y dos cosas parecidas no pueden constituir dilema. Contrarrevolucionaria es la dictadura y contrarrevolucionario es el Estado. Ahora bien, si en el gobierno figuran los anarquistas, se refuerza por una parte el poder contrarrevolucionario del gobierno al tiempo que se debilita la oposición revolucionaria. De lo que se infiere que el sólo hecho de no colaborar los anarquistas en el gobierno hubiese reforzado la oposición revolucionaria y hubiese debilitado al mismo tiempo la capacidad contrarrevolucionaria del Estado.

¿Qué se hubiese perdido la guerra más pronto? En primer lugar habría que demostrar que el Estado hizo algo para ganarla desde que vio la posibilidad de poder acabar con la revolución. Seguramente no hubiera sido éste el caso de habérselas con una posición revolucionaria forzada por los anarquistas y un gobierno debilitado por su ausencia.

Sustituyamos, pues, la pregunta «¿Qué es lo que se podía hacer?» por esta otra: «¿Qué es lo que no se debió hacer?», y tendremos la mitad de la cuestión resuelta.

Por otra parte hay que meterse en la cabeza que una revolución, como otra acción político-social cualquiera, valen ante todo como medios y no como fines. Se pierde una revolución o se gana no por el resultado final o episódico sino por la huella indeleble y positiva que sabemos dejar en ella. Las revoluciones, en su aspecto episódico, están sujetas a las leyes de la decadencia, quizás con más rapidez que las otras cosas. Sólo la sobreviven las realizaciones constructivas y éticas ejemplares. Ambas cosas suelen ser contagiosas. De la gran revolución francesa fueron contagiosos el jacobinismo y el socialismo. El marxismo y el anarquismo.

El destino episódico de una revolución es lo de menos. Lo importante es el contenido en ideas y realizaciones luminosas, constructivas, libres. Estas sobreviven a todas las derrotas episódicas. ¿Cuándo nos curaremos de la manía funeraria de «la victoria por encima de todo»? El triunfo por encima de todo, como el «renunciamos a todo menos a la victoria», no es revolucionario sino maquiavelismo. Es absurdo que los hombres luchen sin identificar un principio moral elevado con la victoria. El principio de «la victoria ante todo» es no tener principios. Una revolución cuyo desenlace no tenga en cuenta los escrúpulos a reprimir y las víctimas a inmolar es cualquier cosa contraria a una verdadera revolución. Y, a la inversa, una caída digna tras una serie de episodios fecundos, no es más que una derrota provisional. El libertario debe preferir siempre estas «derrotas» a aquellas «victorias».

Pero vayamos a lo que importa. Con sus 200.000 hombres armados y cerca de un millón de afiliados organizados en los centros de producción, los anarquistas representaban una potencia económica formidable y una fuerza de disuasión no menos respetable. Haberse empleado en conservar esta fuerza, en articularla, fortalecerla, de cara a la guerra, de cara al Estado agresivo y de cara a la revolución, nos hubiera hecho imbatibles y nuestro servicio al antifascismo hubiera sido, al mismo tiempo, más eficaz. De la revolución del 19 de julio permanecerá como lección para las futuras generaciones, ante todo el ejemplo de un pueblo que no se dejó intimidar cuando todo el mundo besaba rastreramente, sacudido por el pánico, las huellas del caballo de Atila y del oso del Kremlin. En Barcelona y Madrid el 19 de julio de 1936; en Barcelona y en Madrid el 3 de mayo de 1937 y el 4 de marzo de 1939, respectivamente, el pueblo español riñó una batalla épica contra el fascismo sin distinción de color. Permanecerá el sufrimiento de este pueblo en su estoicismo, en su generosa donación de sangre en los frentes, en su hambre, en su éxodo o en su suplicio la cárcel y el paredón, en el universo concentracionario y en el horno crematorio.

Y permanecerá la obra socializadora de los sindicatos de la CNT, sus realizaciones culturales y artísticas sin pose, el sueño bucólico de las colectividades del campo, expresión de lo que mejor hay en el hombre: la solidaridad y el apoyo común en la sencillez. Emergerán todas las obras positivas llevadas a cabo con emoción, entusiasmo e imaginación. Irán barranco abajo los despropósitos y las villanías levantados sobre arena o en el fango.

José PEIRATS 1966